

ANÁLISIS INTERSECCIONAL DE LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA MATERNIDAD: HISTORIAS DE VIDA DE MUJERES CUENCANAS*

Cómo citar este artículo:

Arias-Palomeque, M. (2018). Análisis interseccional de la construcción social de la maternidad: historias de vida de mujeres cuencanas. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*, 10(2), 148-168.

MIREYA ARIAS-PALOMEQUE***

Recibido: 5 de diciembre de 2017

Aprobado: 15 de agosto de 2018

RESUMEN: Objetivo. La maternidad como construcción social refleja distintas aristas y conflictos de una colectividad. Esta investigación buscó comprender cómo se construyen las distintas maternidades en Cuenca-Ecuador, cuando las consideramos asociadas a la etnicidad y a la clase, además del género. Metodología. Para esto, hemos establecido un enfoque epistemológico interseccional que utiliza como técnica las historias de vida. Resultados y conclusión. En Cuenca la maternidad continúa siendo una aspiración para las mujeres de clase media, pues aún se la entiende como una dimensión importante de la femineidad y, además, existe un tipo hegemónico de maternidad con elementos económicos, etarios, religiosos y culturales bien definidos. También, confirmamos que el sexismo es una realidad innegable en las interacciones de los cuencanos y determina, en gran medida, cómo las mujeres asumen su maternidad. En general, este estudio evidencia la necesidad de conformar estructuras sociales más amigables con el ejercicio de la maternidad.

PALABRAS CLAVE: Cuenca, cuidados, género, historias de vida, interseccionalidad, maternidad.

* Este artículo forma parte de una investigación más amplia titulada "Las pruebas de la maternidad: análisis interseccional de la construcción social de la maternidad en Cuenca", realizada como tesis de maestría en FLACSO-Ecuador.

** FLACSO. Quito, Ecuador. E-mail: mire1310@hotmail.com.  orcid.org/0000-0002-7258-7619.

Google Scholar

DOI: 10.17151/rlef.2018.10.2.9.

INTERSECTIONAL ANALYSIS OF THE SOCIAL CONSTRUCTION OF MOTHERHOOD: LIFE STORIES OF WOMEN IN CUENCA

ABSTRACT: Objective. Motherhood, as a social construction, reflects different points of view and conflicts of a community. This research seeks to understand how different types of motherhood are constructed in Cuenca-Ecuador, when they are considered associated with ethnicity and social class, as well as gender. Methodology. For this purpose, an intersectional epistemological approach has been established that uses life stories as a technique. Results and conclusions. Motherhood continues to be an aspiration for middle-class women in Cuenca, as it is still understood as an important dimension of femininity and, in addition, there is a hegemonic type of motherhood with well-defined economic, age, religious and cultural elements. It was also confirmed that sexism is an undeniable reality in the interactions of people from Cuenca and it determines, to a large extent, how women assume their motherhood. In general, this study demonstrates the need to conform friendlier social structures to the exercise of motherhood.

KEY WORDS: Cuenca, care, gender, life stories, intersectionality, motherhood.

INTRODUCCIÓN

“Madre hay una sola pero no hay una sola forma de ser madre”.

La maternidad comprendida como el estado o la cualidad de ser madre, está saturada de significación social. Las leyes, la iglesia, la medicina, la psicología, los estudios de género, entre otras instituciones y campos del saber, han generado su propia definición de maternidad, en ocasiones veladamente normativa. También en el plano individual, las propias actoras revelan la multiplicidad de sus visiones. Todo ello pone de manifiesto cómo las formas de comprender y ejercer la maternidad pueden ser tan diversas como las mujeres que lo hacen y sugiere, además, que estas distinciones expresan distintas relaciones de poder.

Esta diversidad en las prácticas y representaciones en torno a la maternidad resulta de un proceso de construcción social de la misma. Diversos estudios han demostrado que el instinto maternal o el amor maternal no son innatos ni propios de la naturaleza femenina, sino que responden a construcciones sociales específicas dirigidas a apuntalar el poder sobre las madres, las actuales y las potenciales, en distintas formaciones sociales. En efecto, la maternidad, más allá del hecho biológico de la reproducción, ha sido condicionada por factores históricos, económicos, políticos, culturales, etc. (De Beauvoir, 1969; Badinter, 1981; Scheper, 1997).

En la mayoría de sociedades occidentales, las niñas son socializadas para desear la maternidad (Chodorow, 1984), pues “desde la infancia se le repite a la mujer que está hecha para engendrar y se le canta el esplendor de la maternidad” (De Beauvoir, 1969, p. 272). No obstante, el amor materno y la propia práctica materna están asociadas a otras condiciones sociales como la clase, la raza y la etnicidad. Hablamos, por tanto, de una realidad cuestionada en contextos en los que las mujeres viven en situaciones de pobreza, alta mortalidad y alta fertilidad (Scheper, 1997). En suma, “la mujer será una madre más o menos buena según la sociedad valore o desprecie a la maternidad” (Badinter, 1981, p. 16), pero también según la posición que ocupan las distintas madres en ella.

Si entendemos la maternidad como una construcción social, nos interesa pensarla en un contexto específico: Cuenca, considerada la tercera ciudad más importante de Ecuador, su población actualmente sobrepasa los 500 mil habitantes, según la Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo (SENPLADES, 2014). En cuanto a la composición étnica de la población (por auto definición) vemos que el 10% de los cuencanos se consideran de raza blanca, el 86% se considera mestizo y el 2,7% indígena. (El Mercurio, 2009). Esta población, además, es altamente religiosa, con una mayoría católica (74%) y un 25,5% perteneciente a otras religiones (El Mercurio, 2013).

En Cuenca, la clase social y el origen étnico son factores que conforman las experiencias y relaciones de las personas. En palabras de Mancero (2011),

La comunidad imaginada de poetas e intelectuales ‘nobles’, ‘blancos’ y de origen hispano, construida en la ‘Atenas’, puede ser contrastada con la existencia de una comunidad racista, de fuertes entramados parentales, con persistentes dominaciones simbólicas de raza, género y clase. (p. 11)

La composición social, el legado histórico y religioso, además de los factores económicos y demográficos de la ciudad de Cuenca, posibilitan una contrastación entre las prácticas y representaciones en torno a la maternidad que tienen las mujeres de distintas clases sociales y grupos étnicos. Así, nuestra pregunta de investigación

es la siguiente: ¿Cómo se construyen las distintas maternidades en Cuenca-Ecuador cuando las consideramos asociadas a la etnicidad y a la clase, además de al género?

MATERIALES Y MÉTODOS

El marco epistemológico utilizado en esta investigación se sostiene en la *interseccionalidad*, entendida como la perspectiva de análisis que aborda la simultaneidad de ejes de poder articulados que generan una desigualdad social sistemática o una “matriz de dominación” (Collins, 2000; Viveros, 2016). Particularmente, nos interesa pensar la intersección entre género, clase social y etnicidad.

El enfoque metodológico utilizado es cualitativo, pues los objetivos de esta investigación se centran en la comprensión de la maternidad analizando la perspectiva de las madres. Nuestra investigación no está condicionada por una pretensión generalizadora de resultados, sino por un acercamiento profundo al objeto de estudio.

La técnica utilizada fue la historia de vida, ya que consideramos que es la más idónea para acceder a las interpretaciones subjetivas que hacen los individuos de su entorno social. Sin embargo, no buscamos escribir la biografía de una o varias personas, sino comprender sus experiencias y visiones sobre un fenómeno social determinado, como es la maternidad. Además, cabe aclarar que los resultados presentados en este artículo forman parte de una investigación más amplia.

Así, elegimos a seis madres cuencanas (heterosexuales y que mantienen una relación de pareja), consideradas de clase media (profesionales, con vivienda propia y con sus hijos estudiando en instituciones privadas), con quienes se construyó su historia de vida, a partir de una serie de entrevistas realizadas entre enero y abril de 2017.

La información obtenida en las entrevistas fue tabulada y organizada en torno a categorías generales (por ejemplo: relación con la pareja, relación con la madre... etc.) y luego estas categorías se convirtieron en el hilo conductor del análisis.

En la siguiente tabla 1 presentamos a cada una de las mujeres participantes de esta investigación, junto a ciertos rasgos que caracterizan su situación socioeconómica. Cabe recalcar que contamos con autorización expresa de cada una de las participantes para difundir información personal.

Tabla 1. Caracterización socioeconómica de las mujeres que participaron en la investigación.

Nombre	Edad	Profesión	Ocupación	Número de hijos	Situación de pareja	Nombre y ocupación de la pareja	Edad en la que tuvo su primer hijo
Diana U.	39	Psicóloga	Psicóloga Locutora de radio	2 Joaquina (3) y Sol (1)	Unión de hecho	Andrés (31) Cirujano plástico	36
Verónica O.	30	Comunicadora social	Ama de casa	2 Rafaela (5) y Miguel Andrés (2)	Casada	Miguel (32) Empresario importador y dueño de una constructora	25
Micaela T.	24	Ingeniera ambiental	Asesora en gestión de desechos	1 Matías (8)	Soltera	Israel (25) Estudiante	16
Diana M.	32	Comunicadora social	Gerente de Instituto Educativo Online <i>Alau</i>	1 Juan Diego (11)	Casada	Daniel (33) Responsable del departamento tecnológico de <i>Alau</i>	19
Rocío P.	45	Licenciada en ciencias de la educación	Profesora de cultura física	2 Katy (26) y Fausto (15)	Casada	Fausto (46) Director del Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares	18
Eugenia A.	34	Licenciada en ciencias de la educación Máster en conservación del patrimonio	Profesora de historia	2 Carlos (11) y Natalia (7). Actualmente está embarazada	Casada	Wellington (44) Docente universitario y de bachillerato	22

Fuente: propia.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

Aproximarnos a seis historias de vida de madres cuencanas de clase media, nos permite adentrarnos en las tensiones y vicisitudes de su día a día. A continuación analizaremos distintos pasajes de las narraciones de estas mujeres relacionados a su vida académica y laboral y a su participación en las tareas domésticas y de cuidado para dar cuenta de la articulación de género, etnia y clase en la construcción social de la maternidad.

Ser mamá, estudiar, trabajar, ¿es imposible alcanzar!

La dinámica actual de las ciudades, en el marco de un capitalismo globalizado, imprime una serie de requerimientos para hombres y mujeres. En el caso particular de las madres cuencanas de clase media, conseguir una carrera universitaria y participar de la fuerza laboral son demandas sociales y aspiraciones personales absolutamente vigentes. Paralelamente, aún es socialmente deseable que la mujer contraiga matrimonio y se reproduzca. Los dilemas aparecen al buscar conciliar la vida familiar y laboral. Además, la tensión aumenta si se evidencia que una de las dos esferas está tomando protagonismo y se rompe con el tan anhelado equilibrio.

Todas las madres participantes de esta investigación cuentan con un título profesional, sin embargo, las formas en la que lo consiguieron son distintas. Por ejemplo, Diana U. tuvo a sus hijas después de terminar la carrera universitaria, por lo que no encontró mayores contratiempos. Micaela, por su parte, pese a haber tenido un embarazo temprano, contó con el apoyo de su familia para poder asistir a clases y graduarse como Ingeniera Ambiental en la Universidad de Cuenca (conocida por su exigencia académica): “Estudí la universidad durante la niñez de Mati. En la mañana le cuidaba una hermana y en la tarde la otra. Logré graduarme y me siento feliz” (M. Tello, comunicación personal, 1 de abril de 2017). El caso de Micaela nos permite vislumbrar cuán importante puede ser contar con ayuda en la crianza de los hijos. Micaela reconoce que, de no haber sido por la presencia constante de sus padres y hermanas, ella no hubiera culminado ni el bachillerato, menos aún la universidad.

Verónica terminó de cursar las asignaturas de comunicación social en la Universidad de Cuenca, justo antes de casarse. Después del matrimonio, vinieron los hijos y pasaron cinco años antes que Verónica terminara su tesis de grado y pudiera titularse. Casualmente, durante la misma semana de mayo de 2017, Verónica recibía su diploma profesional y aparecía en la revista *Hogar* como personaje por el día de la madre. Ella demuestra sentirse más complacida con su reconocimiento en la revista que con su logro académico, pues afirma que: “El mejor título que puede tener una mujer es el de mamá. Me gradué a los 30 y no me importa que la carrera se haya hecho un poco larga. Lo importante era no descuidar a mis hijos”

(V. Ochoa, comunicación personal, 9 de marzo de 2017). Vemos en el caso de Verónica que hay una confrontación directa al ideal de madre actual que triunfa profesionalmente. Simone de Beauvoir, hace varias décadas, afirmaba de forma tajante que para que una madre pueda sentirse realizada debe hallar satisfacción en su trabajo y en sus relaciones con la colectividad. Haciendo caso omiso a estos supuestos, Verónica muestra una clara predilección por su tiempo y presencia en la crianza de sus hijos y dice sentirse plenamente realizada.

Los relatos de Eugenia, Rocío y Diana nos muestran la otra cara de la moneda: ellas vivieron muchas tensiones al buscar rendir académicamente y cumplir sus responsabilidades maternas. Sus experiencias reflejan que muchas veces no basta solo con el deseo de superarse académicamente sino con reunir las condiciones externas necesarias para hacerlo.

Eugenia cursó su maestría cuando sus hijos tenían 4 y 8 años y mientras seguía trabajando. Las responsabilidades de Eugenia aumentaron significativamente, pues además de su trabajo en las mañanas y de las tareas domésticas y de cuidado que hacía en las tardes, debía cumplir con clases y deberes de la maestría. Lo curioso es que la dinámica familiar no se modificó seriamente porque Eugenia sacrificó muchas horas en las noches y en las madrugadas y renunció a cualquier actividad de ocio durante los dos años que duró la maestría. Su esposo no asumió más responsabilidades y sus hijos tampoco sintieron la ausencia de su mamá, pues ella continuaba pendiente de todos. Vemos como en situaciones de cambios en la dinámica familiar, generalmente es la mujer quien adopta más trabajo y sacrifica su tiempo personal de descanso y ocio.

Por su parte, Rocío empezó su carrera universitaria en un programa especial de una universidad privada, cuando su hija tenía 4 años y era consciente de que no se encontraba en las mismas circunstancias que un estudiante sin hijos. En su historia es importante observar cómo la maternidad hizo que ella se sintiera con una desventaja competitiva en el campo académico que pudo ser superada únicamente gracias a la existencia de programas de estudios alternativos y flexibles. Sin embargo, estas alternativas tienen un costo económico dado que generalmente son privadas y, en consecuencia, no están al alcance de la mayoría de las madres.

Diana M., considera que terminar una carrera universitaria se convirtió en uno de los retos más grandes de su vida porque intentó en tres carreras diferentes hasta conseguir su título. Antes de embarazarse, estudiaba administración de empresas, en segundo año se embarazó, se casó y empezó a sentirse desmotivada con la carrera, tenía muchas molestias físicas por el embarazo y decidió abandonar sus estudios. Por un tiempo pasó en la casa cuidando de su hijo recién nacido y encargándose de las tareas domésticas, pero siempre tenía en mente el deseo de estudiar. El siguiente año lectivo Diana empezó la carrera de diseño, y esta vez la motivación y el buen desempeño abundaban, pero pronto surgieron complicaciones:

Me decidí a estudiar diseño, mi hijo ya estaba un poquito más grande, hablé con mi mami para que me apoye cuidando a mi hijo y me dijo que sí. Pero ella siempre súper fuerte, súper dura y fue un tira y jala... me decía: “¡no llegas pronto!” y yo salía corriendo de clases. Me decía: “tu hijo hizo esto y el otro...”. Y otro problema de estudiar diseño es que se necesitaba bastante dinero y los deberes eran bastante largos. Entonces yo estudiaba en la tarde y se suponía que la mañana era para encargarse de la casa, cuidarle a mi hijo y hacer los deberes. El único problema es que ¡es imposible alcanzar!.. de tarde me iba a la universidad y regresaba tipo 9 de la noche a dormirle a mi hijo, a encargarme de las cosas de la casa y a hacer deberes. Casi siempre me acostaba a las 3 am. Y ya no podía más. Entonces Daniel y mi Mami me dijeron que ya no querían que yo siga así, no les gustaban los horarios y no quisieron seguirme apoyando, entonces al final del primer ciclo me tuve que salir. Me sentía mal, era mi segundo intento, los profes me llamaron, me decían: “Dianita no salga, usted es buena para esto, siga estudiando.” Pero claro, nadie entendía la lógica que yo vivía puertas adentro. Y en esa época, Daniel también muy cerrado, muy muy machista. Yo priorizaba deberes a estar lavando ropa y esas cosas y a él no le gustaba. Uno no entiende esa dinámica de recién casada, es súper fuerte y te ves a todo terreno, mi hijo estaba chiquito, yo sin carrera... me sentía perdida. (Diana M., comunicación personal, 3 de abril de 2017)

El caso de Diana M. es un reflejo de una distribución inequitativa de las tareas domésticas y de cuidado. En el estilo de vida de esta familia era preferible que Diana abandonara sus anhelos más profundos, en lugar de su esposo tener una participación más activa en la crianza. En realidad, la maternidad no era la causa exclusiva por la que Diana no podía estudiar sino la inexistencia de ayuda externa en la que ella pudiera apoyarse.

Yo no le voy a dejar sin mamá a mi hijo

La importancia de que las mujeres trabajen asalariadamente se ha defendido desde distintas corrientes del feminismo, por ejemplo, desde el denominado feminismo de la igualdad (De Beauvoir, 1969) o desde la economía feminista que sugiere que un trabajo asalariado otorgaría a la mujer autonomía monetaria, mayor poder de negociación y más control sobre sus vidas (Benería, 1999). Sin embargo, los dilemas y tensiones generados en la búsqueda de la conocida ‘conciliación’ no han sido lo suficientemente expuestos y analizados. Las bases de esta son, no tanto que el empleo se adapte a los requerimientos familiares sino que estos últimos se amolden a los imperativos determinados por el mundo del trabajo asalariado. Las historias de vida de madres profesionales nos dan una muestra de las encrucijadas cotidianas que viven estas mujeres.

En primer lugar, conseguir un empleo suele ser más complicado si la mujer está embarazada o tiene hijos y Eugenia experimentó esta dificultad pese a haberse graduado con honores en la universidad. Eugenia comenta haber vivido su primer embarazo con felicidad pues se dio en las circunstancias ideales (dentro del matrimonio y después de terminar la carrera) y esto le dio una visión idealizada de la maternidad, sin embargo, esto cambió pronto: “Empecé a pedir trabajo y vi muchas instituciones educativas que me decían: “Si está embarazada, no”. Entonces ahí comencé yo a tener otra lectura de la maternidad, esta lectura fea de “ya se acabó la fantasía” (M. Arciniegaz, comunicación personal, 9 de febrero de 2017).

Pero incluso si, por diversas razones, las mujeres logran tener buenas oportunidades laborales, eso no implica que las vayan a aceptar inmediatamente, pues hay mucho en juego. Verónica nos da un ejemplo de aquello:

Recién me llamaron del Partido Social Cristiano a ofrecerme una candidatura para asambleísta del partido. Al comienzo me llamó la atención la propuesta y se lo conté a Miguel, él me dijo que me apoyaba en lo que decida pero que piense bien si es lo que realmente quiero, entonces me puse a pensar que ese trabajo implicaba viajar mucho, ir a reuniones y mis bebés son pequeños todavía, entonces dije que no. Además, sentía que me buscaban por mi imagen y que yo debía prepararme más. (V. Ochoa, comunicación personal, 9 de marzo de 2017)

La anécdota de Verónica deja dos asuntos para puntualizar desde el enfoque interseccional con el cual leemos las historias de vida. La pertenencia a una clase social media alta cuencana le permitió a Verónica ser tomada en cuenta para un cargo de esta magnitud, por los contactos y relaciones que se entablan en estos círculos. Además, debemos recordar que, hace unos años, Verónica ganó el certamen de belleza más importante de la ciudad. Este certamen (*Reina de Cuenca*) se caracteriza por reunir a jóvenes de clases medias altas y valorar determinados rasgos físicos muy apreciados en los sectores blanco-mestizos. Cabe mencionar que de forma paralela se celebra en Cuenca la elección de la *Chola Cuencana*, evento en el cual participan mujeres indígenas de clases populares. En este contexto, es interesante pensar cómo las condiciones de clase social y etnicidad se han articulado permitiendo que Verónica tenga grandes oportunidades laborales y el hecho de que ella reconozca que la han llamado “por su imagen” nos deja ver la presencia real de estos factores en la sociedad cuencana.

Por otra parte, el hecho de que Verónica haya dicho que no a la propuesta, evidencia su preferencia por dedicarse a la crianza de sus hijos, frente a su desarrollo profesional. Actualmente Eugenia experimenta una situación similar. A sus 35 años siente que está afianzada en su trabajo como docente de secundaria y su objetivo era crecer profesionalmente y ser catedrática universitaria, para lo que se

preparó haciendo una maestría, sin embargo, al estar nuevamente embarazada, los planes cambiaron:

Yo estaba queriendo cambiar mi campo laboral y esta vez yo mismo me dije 'no', ya no esperé que las universidades u otras instancias me lo digan. Conversamos con mi esposo y yo le dije: así me llamen este rato de los lugares en los que he puesto carpetas, yo no le voy a dejar sin mamá a mi hijo. (E. Arciniegaz, comunicación personal, 9 de febrero de 2017)

Eugenia sabe que con su preparación académica y experiencia laboral podría aspirar a un trabajo con mejor paga. Hace algunos años, durante seis meses, ella consiguió un trabajo como docente universitaria por las tardes, y continuaba trabajando en el colegio por las mañanas, sin embargo, pese al notorio beneficio económico, el ritmo de vida se volvió insostenible: “Yo siempre estaba cansada, no podía comer en la casa y engordé mucho, los guaguas me extrañaban y no resistí más” (E. Arciniegaz, comunicación personal, 9 de febrero de 2017).

Las experiencias de Verónica y Eugenia muestran cómo muchas veces la opción de progresar profesionalmente no siempre es factible para muchas madres. Ante las altas demandas del mercado laboral, y en otros casos, la precarización de los trabajos en los que están las mujeres, muchas de ellas prefieren regresar a las esferas domésticas en donde tienen mayor libertad y control de su tiempo.

Rocío, por su parte, es consciente de las renunciaciones que se deben hacer para poder tener una carrera profesional exitosa. La sala en la que se desarrolla esta entrevista está repleta de diplomas y reconocimientos que Rocío ha recibido como bailarina, maestra y difusora de la cultura cuencana. Ella siente orgullo de su trabajo y considera que fue una buena decisión haberlo priorizado no solo por los reconocimientos sino por la libertad económica que éste le ha otorgado.

Sí me faltó compartir tiempo con mis hijos, pero es necesario que los dos padres trabajen, es bueno, no solamente por la economía sino porque la mujer tiene que demostrar las capacidades y cualidades que tiene, tiene que saber que si es que hizo algo bien también se siente felicitada, reconocida en el trabajo. En cambio en la casa, nadie le reconoce. Mi mamá me dice: “mijita es que las paredes no te agradecen.” Además, nosotros nunca hemos hecho una cuenta en conjunto. Mi dinero, tu dinero. Entonces, vamos a comprar la casa, perfecto, tu pon la mitad, yo la otra mitad. Yo no toco su dinero y él no toca el mío. Me parece bien llevar las cuentas así, porque yo podía ir y comprar cualquier cosa y si él sabe o no sabe cuánto me costó, no importa, porque es mi trabajo y me puedo dar ese gusto. (R. Pulla, comunicación personal, 9 de marzo de 2017)

Así como para Verónica y Eugenia la maternidad era un asunto fundamental en su proyecto de vida, para Rocío, el trabajo la constituye como actora social. A través del trabajo Rocío se manifiesta en su entorno y se siente importante y reconocida. Además, el hecho de proveer económicamente en los mismos términos que su esposo, la ha empoderado para tomar decisiones importantes (compra de casa y vehículo, educación de los hijos, actividades de ocio, etc.)

Diana M. también optó por estudiar y trabajar durante la niñez de su hijo, pero ella considera que eso implicó un gran esfuerzo físico y psicológico:

Cuando estaba en los últimos años de mi tercera carrera (comunicación social) terminé mis prácticas profesionales y me pidieron que me quede trabajando en el MIES, medio tiempo. Yo acepté feliz porque realmente necesitaba dinero. Pero me sacaba el aire, llegaba sin almorzar a clases. No le veía a mi hijo en todo el día, eso me mataba, me rompía el alma. Era terrible porque yo llegaba a verle y él lloraba porque no quería irse conmigo sino quedarse con mi mami. Para mí eso era terrible... (llanto)... él tenía que llorar para no separarse de mí, no de mi mamá... Me tocaba aguantarme. Yo solo pensaba en los frutos de ese sacrificio... (llanto)... Yo pensaba, si yo logro graduarme, logro trabajar, todo lo que haga va a ser para poder darle las cosas que él necesite. Quería darle un helado y no podía, era terrible... Me perdí muchas cosas de mi hijo, las caminadas, las primeras palabras y eso me acababa psicológicamente. Son cosas que uno sí se lamenta. (Diana M., comunicación personal, 3 de abril de 2017)

Para Diana M. su proyecto de vida se definía por la posibilidad de superar limitaciones económicas y conseguir estabilidad. Para este fin, la educación universitaria y el trabajo fueron los medios elegidos y, aunque, consiguió sus objetivos, no puede dejar de señalar los altos costos emocionales que esto le significó. En este caso, vemos cómo la clase social se articula con el género para configurar escenarios menos amigables para que una madre se sienta realizada.

Tareas domésticas y de cuidado: ¿quién las hace?

Después de analizar la importancia del desarrollo académico y laboral en el proyecto de vida de las madres cuencanas, nos preguntamos: ¿qué lugar ocupan las tareas domésticas y de cuidado? Para dar respuesta a esta interrogante, además de los deseos y aspiraciones de las mujeres, debemos pensar en la situación socio económica de la familia y en la presencia de apoyo (remunerado o no remunerado) para cumplir dichas tareas.

La idea de quedarse en casa, cuidando de los niños y haciendo tareas domésticas, está en el proyecto de vida de algunas de nuestras entrevistadas. Verónica comenta que ser mamá es su ocupación más importante y que ella se siente privilegiada por

poder cuidar de sus hijos todo el día y no tener la obligación de salir a trabajar. Eugenia ha buscado un trabajo de medio tiempo pues considera que las tardes junto a sus hijos son el tiempo más valioso de su vida. Diana U. ha acomodado sus horarios en su consultorio para poder dedicar cuatro mañanas semanales a estar con sus hijas. Y Diana M. considera que lo más gratificante de su nuevo trabajo (como gerente de su propia empresa) es poder disponer de su tiempo para compartirlo junto a su familia.

Además, si bien una de las principales aspiraciones femeninas de hace unas décadas era integrarse al mercado laboral y participar de la esfera pública; en muchos casos, actualmente, las altas exigencias de las economías capitalistas y la precarización de ciertos empleos femeninos, hacen que las mujeres prefieran quedarse en casa y vivir su maternidad a plenitud, lo que implica su presencia física y emocional en la crianza de sus bebés.

En este marco, hay que considerar un factor fundamental para entender el día a día de las madres: contar con el trabajo de una empleada doméstica. Verónica y Diana U. tienen empleadas domésticas que se encargan de todas las tareas de la casa (cocinar, lavar, limpiar, etc.). Verónica comenta que nunca deja a sus niños al cuidado de la empleada pues considera que solamente confía en sus familiares más cercanos para una tarea tan importante.

Diana U., en cambio, en las mañanas lleva a sus hijas a la guardería (de lunes a miércoles), en el almuerzo las retira Andrés (su pareja) y van a comer a casa de su suegra (mientras Diana trabaja en la radio), en la tarde pasa unas horas con sus hijas y en la noche las niñas se quedan con la empleada, mientras los padres asisten a su clínica estética. La dinámica familiar de Diana muestra la importancia de contar con ayuda externa (remunerada y no remunerada) para que ella pueda conciliar en su proyecto de vida su realización profesional y la presencia en la crianza de sus hijas.

Micaela, Rocío, Diana M. y Eugenia, en cambio, no cuentan con empleada doméstica y las formas en las que han gestionado sus necesidades de cuidado generalmente incluyen a otras mujeres de su familia (mamá, suegra, hermanas, etc.). Micaela señala que en su casa nunca ha trabajado una empleada doméstica, pues todas las tareas siempre se han repartido entre su mamá, sus hermanas y ella, y su papá se encargaba de proveer económicamente.

Rocío lleva 27 años de matrimonio y la mayor parte del tiempo ha sido ella quien se ha encargado de todas las tareas domésticas. Durante un período corto, la familia se benefició de los servicios de una empleada doméstica, pero era Rocío la encargada de cancelar su remuneración. El hecho de que Rocío asuma la responsabilidad económica del sueldo de la empleada significa que la familia entiende que las tareas domésticas son responsabilidad de Rocío, y en vista de que ella no las realizará, al menos debe pagar por ellas. Cabe mencionar que los ingresos del esposo de Rocío han sido generalmente altos, lo suficiente como para pagar una empleada. Aquí podemos ver claramente cómo las responsabilidades de cada miembro de la

familia se establecen bajo estándares desiguales y machistas. En general, los relatos de las madres participantes confirman la tesis de Pineda (2010) con respecto a la falta de una evolución lineal hacia el progreso y la equidad de género.

La dinámica en la casa de Eugenia es la siguiente: en la mañana toda la familia sale al colegio (los padres a enseñar, los hijos a aprender); en la tarde, el papá va a trabajar en la universidad y los niños regresan con su madre a la casa, donde ella se encarga de revisarles las tareas escolares y, simultáneamente, lavar la ropa, ordenar las cosas, limpiar la casa, cocinar, servir, lavar platos, etc. Eugenia comenta que debe ser muy organizada para cumplir con todo y por supuesto, debe sacrificar horas de descanso y ocio. Así, por ejemplo, el almuerzo lo hace a las 5 de la mañana y, todas las noches, lava platos después de las 9 pm. Cuando, por alguna eventualidad, tiene que salir en la tarde, sus hijos se quedan al cuidado de su mamá.

Ser “buena madre”

Hace varias décadas, De Beauvoir (1969) afirmaba que las pautas sobre lo que la mujer debe pensar, sentir y tener, estaban dadas por la sociedad y no por un destino biológico o psicológico. Sus planteamientos tienen plena vigencia pues, actualmente, sabemos que los discursos e imaginarios públicos moldean la maternidad dictando patrones para su ejercicio ‘apropiado’.

Aunque sabemos que todas las culturas y épocas están dominadas por un modelo materno ‘ideal’, concordamos con Badinter (2010) al afirmar que el modelo actual es más exigente que nunca, porque pone en la responsabilidad de las madres el cuidado corporal y afectivo de sus hijos, y además su desarrollo espiritual, social e intelectual. Y esto, sumando a las amplísimas demandas profesionales (tratadas anteriormente), traza un escenario difícilmente conciliable.

Las responsabilidades cotidianas de las madres muchas veces evidencian las tensiones entre su rol maternal y sus actividades profesionales. Lógicamente, estas actividades incrementan o disminuyen según las circunstancias de cada mujer. No es igual trabajar medio tiempo, que hacerlo por jornadas completas, la presencia de niñera o empleada doméstica aligera la carga de cuidado y tareas domésticas, los niños pequeños dan más trabajo que los adolescentes y, en ocasiones, contar con ayuda de familiares también puede disminuir la presión.

En el caso de nuestras entrevistadas las circunstancias son diversas, por ejemplo, Rocío trabajó siempre dentro y fuera del hogar y también estudiaba. No contaba con la ayuda de empleada doméstica y cumplía jornadas altamente exigentes:

Me tocó duro, hasta ahora no entiendo cómo hice tanta cosa, porque yo tenía dos trabajos, me iba a las Catalinas en la mañana y trabajaba en la tarde en Azogues, en la gimnasia olímpica. Me levantaba, hacía

el almuerzo, dejaba arreglando la casa, entraba a las 10 al colegio, daba clases, salía, no almorzaba en mi casa, cogía bus, jalaba dedo buscando un bus que vaya a Azogues o a Cañar, me quedaba, daba clases ahí lunes, miércoles y viernes y regresaba en el bus, así mismo, llegaba a las 7 de la noche y venía en el bus estudiando, venía haciendo deberes, me grababa en ese tiempo en cassettes y en el walkman iba oyendo la materia, aprendí a escribir cuando el carro se movía y así estudiaba. En la noche tenía que hacer la merienda, mis deberes, los deberes de ella, tener el uniforme listo. (R. Pulla, comunicación personal, 9 de marzo de 2017)

Este relato se contrapone con la experiencia de Verónica quien, al tener empleada doméstica y no trabajar fuera del hogar, ha dedicado su tiempo y energías exclusivamente a la crianza de sus hijos. La situación económica de la familia le ha permitido a Verónica delegar parte de las tareas de cuidado, lo que ha repercutido en su bienestar emocional: “Yo, al principio, le iba a dejar todos los días a mi nena al colegio y se me iban dos horas porque es lejos, entonces era demasiado para mí y decidimos usar el transporte escolar y estoy más tranquila” (V. Ochoa, comunicación personal, 9 de marzo de 2017).

Por su parte, Eugenia y Diana U. coinciden en señalar que sus responsabilidades como madre exceden las tareas físicas, pues involucran mucho trabajo emocional, ético e intelectual.

Siento que como mamá todo es mi responsabilidad, lo económico también, porque ahora las mamás trabajamos. La buena alimentación. Un buen legado espiritual (...) También he pensado que sería importante que ellas me vean leer. Que no me vean en el celular. Que no me vean irrespetando a mis padres o a mi esposo, que no nos alcemos la voz. O sea, tenemos una carga súper alta las mamás. (D. Urgilés, comunicación personal, 6 de febrero de 2017)

Incluso las tareas físicas implican una carga emotiva, porque cuando las madres cocinan no están solamente mezclando alimentos en una olla, sino pensando en las necesidades específicas de cada miembro de la familia. Así, en el caso de Eugenia, pese a que su horario de trabajo como profesora inicia a las 6:45, ella cocina todos los días para su familia.

Yo tengo que cocinar. En la noche o de mañanita. Porque la comida de fuera nos hace mal, engordamos todos. A mí no me gusta cocinar, pero sé que debo cocinar. Porque una temporada comimos fuera, yo siempre me quejaba de que no tengo tiempo, pero el Carlos engordó mucho y no se puede garantizar la nutrición con esa comida. Entonces, a las buenas o a las malas, yo cocino y sé que ese es mi deber como mamá porque me aseguro que estén, al menos, un poco saludables. (E. Arciniegaz, comunicación personal, 9 de febrero de 2017)

Micaela, en cambio, actualmente cumple jornadas completas de trabajo fuera de casa y además está estudiando inglés. Esto es posible gracias al conjunto de personas involucradas en la crianza de su hijo. En su caso, el apoyo no viene de empleadas domésticas sino de familiares que cuidan a Matías gratuitamente.

Yo siempre me levanto a las 6 de la mañana, porque el Matías se va a las 6:20 a la escuela. Luego me alisto y salgo más o menos a las 8 al trabajo, a la 1 salgo a almorzar, mi mami me lleva el almuerzo. Eso va a estar difícil de este nuevo trabajo porque yo siempre almorzaba con el Mati. Ahora el Matías va a mi casa lunes, miércoles y viernes, porque martes y jueves se va con el papá. Él llega a mi casa, le recibe mi hermana y le da de comer y se queda con ella toda la tarde. Entonces yo almuerzo y regreso al trabajo hasta las 6. Después tengo inglés de 7 a 9 y llego más o menos 9:40 a la casa. (M. Tello, comunicación personal, 1 de abril de 2017)

Diana M. expresa las tensiones que surgían al buscar compatibilizar sus responsabilidades maternas con sus aspiraciones personales y las críticas que recibía cuando no lograba armonizar todo. Estas críticas le hacían cuestionarse sobre lo que realmente ella debía priorizar:

Siempre me decían que primero era esposa y madre y luego yo. Tenía que sacrificar todas las cosas por mi hijo, para que mi familia esté bien, para que mi esposo esté atendido. Mi mami y mi suegra me decían siempre eso porque ellas vivieron así... y sí titubeas. Pensaba: “¿y si mejor me quedo en la casa y doy gusto a todo mundo?” Quedarse en la casa, criar al hijo y atender al esposo es lo que debía hacer para ser ‘feliz’ según todos. Pero ahí son felices todos menos tú. Mi suegra siempre me decía: “vea cómo le tiene al guagua, que la ropa está mal, que no hago la comida...” (D. Medina, comunicación personal, 3 de abril de 2017)

A través de los relatos de las madres, podemos bosquejar el imaginario social que dicta las obligaciones que tienen las madres cuencanas de clase media. En primer lugar, las madres deben responsabilizarse por el bienestar físico de sus hijos, esto implica cuidar de su alimentación, de su higiene y propiciar escenarios para que los hijos puedan practicar algún deporte. El desarrollo intelectual es también una consigna altamente importante, para esto, las madres eligen “un buen colegio” para sus hijos (siempre privados y, generalmente, católicos) y sienten que es su deber el supervisar las tareas escolares. Finalmente, a todas las madres cuencanas les concierne el desarrollo espiritual de sus hijos.

Así como existen consignas en cuánto a lo que las madres deben hacer para considerarse buenas madres, también existen características “de forma” para configurarse como tal: la edad de la madre, su estado civil, el número de hijos que ésta tenga o la cantidad de tiempo dedicado a los hijos, son algunas de ellas.

La edad en la que las mujeres tienen a sus hijos es un asunto muy significativo, socialmente. Las madres entrevistadas muestran, a través de sus relatos, cómo valoran la idoneidad del momento en el que se convirtieron en madres. En algunos casos, la autocrítica se presenta por haber sido “un poco tarde”, pero, la mayoría, afirma que sus hijos nacieron “antes de tiempo”.

Diana U. pasó 10 años, durante su primer matrimonio, intentando concebir y sin tener éxito. A sus 36 años, con una nueva pareja, Diana se embarazó de su primera hija y 6 meses después de que ella nació, concibió a su segunda hija. La edad de Diana le ha permitido compaginar su maternidad con una carrera profesional consolidada y con estabilidad económica; sin embargo, en ocasiones, Diana lamenta no ser una madre más joven. “Mis hijas llegaron en el momento en el que debían llegar. Pero, a veces pienso, tal vez hubiera sido mejor antes” (D. Urgilés, comunicación personal, 6 de febrero de 2017).

Eugenia vivió su primer embarazo a los 22 años, el segundo a los 27 y el tercero a los 34. Para ella, el último embarazo se ha convertido en una fuente de incertidumbre pues cree que cumplir con las altas demandas del nuevo bebé va a ser particularmente difícil debido a su edad. Además, Eugenia siente que existe una reprobación social a su embarazo: “Yo siento que todas esas felicitaciones por mi bebé llevan atrás un: qué le pasó a ésta, ¿por qué se embaraza a esa edad!” (E. Arciniegaz, comunicación personal, 9 de febrero de 2017).

Diana M., Rocío y Micaela consideran que sus hijos llegaron cuando ellas aún eran demasiado jóvenes y no estaban preparadas para asumir este reto. Entre estas experiencias, la más dramática es la que atravesó Micaela al embarazarse a los 15 años. Entre sus narraciones se cuele el dolor, pues Micaela comprende que el embarazo adolescente, dentro de una sociedad machista y violenta, es una forma de decirle al mundo que fracasamos. “Cuando yo le dije a mi novio que estaba embarazada, él me dijo: tranquila que estamos juntos. Pero yo no estaba tranquila, porque mi papi tenía muchas expectativas sobre mí, yo fui su consentida, él quería que yo llegue alto” (M. Tello, comunicación personal, 1 de abril de 2017).

La reprobación social por la edad en la que Micaela empezó su maternidad vino, en primer lugar, de parte de sus padres. En el momento en que Micaela le comentó a su papá del embarazo, él decidió aceptar un trabajo en otra ciudad y mudarse con toda su familia. Pero, dentro de la censura generalizada hacia su condición, Micaela recuerda ciertos destellos de empatía:

Mi abuelita también tuvo una hija a sus 16 años, pero a ella le pegaron y le mandaron a esconderse para que nadie sepa. Entonces, cuando ella se enteró que nos íbamos a Ibarra, vino a la casa y le dijo a mi papi: “No le lleve a mi guagua, no le esconda como me escondieron a mí.” Mi papi decía que no es por mí que nos vamos, pero la verdad es que sí fue. (M. Tello, comunicación personal, 1 de abril de 2017)

Además de la edad, el estado civil de la madre es una condición muy importante para que el ejercicio de la maternidad se enmarque en lo ‘apropiado’. En Cuenca, por su carácter altamente religioso y conservador, el imaginario social prescribe que el matrimonio es el ambiente ideal para traer hijos al mundo. Los relatos de nuestras entrevistadas evidencian cómo este rito ha condicionado sus vidas.

Eugenia y Verónica concibieron a sus hijos después de haber celebrado su matrimonio civil y eclesiástico y así cumplieron con este imperativo social. En cambio, Rocío y Diana M. se embarazaron antes de casarse y experimentaron fuertes reproches por parte de su familia cercana, sin embargo, para evitar mayor reprobación social, se vieron obligadas a casarse cuanto antes.

Diana U. y Micaela no están casadas. Diana estuvo casada antes (civil y eclesiásticamente) y después se divorció. Luego, cuando se embarazó de su nuevo compañero, decidieron vivir juntos y no descartan la posibilidad de, en un futuro cercano, cambiar su unión de hecho por un matrimonio. Micaela, en cambio, tuvo una relación inestable y conflictiva con el papá de su hijo y comenta que su plan era casarse después de concluir su carrera universitaria para al fin formar la familia “que todo niño merece” (M. Tello, comunicación personal, 1 de abril de 2017). Sin embargo, su relación terminó y el hecho de no haber podido concretar un matrimonio es algo que Micaela aún lamenta. Como vemos, el matrimonio es una aspiración muy significativa para muchas madres cuencanas de clase media.

Además de la edad de la madre y de su estado civil, también importa el número de hijos que ella quiere tener. Dentro de las familias cuencanas de clase media es comúnmente aceptado tener pocos hijos. Eugenia considera que, al estar embarazada por tercera vez, su familia se convertirá en una familia grande, fuera de lo común; por el contrario, Micaela y Diana M., al tener un único hijo, han recibido constantes ‘consejos’ y recriminaciones que indican que no encajan en el ideal.

Y mira cómo es la sociedad, ahora que tengo un hijo grande, todos me preguntan por el hermanito para que no se críe solito. Y tienen razón y no tienen razón, al final es nuestra decisión. La verdad es que yo ahorita no tengo tiempo y no quiero volver a sufrir. (Diana M., comunicación personal, 3 de abril de 2017)

Finalmente, en la construcción social del estereotipo de madre ideal, es preciso que ésta no deje de ser mujer. Es decir, por más importantes que sean los hijos, o por abundantes que sean las responsabilidades maternas, las madres no deben descuidar su vida personal, sus relaciones afectivas y sus pasatiempos. Así, si es que la madre se consagra profesionalmente y tiene una vida social activa, recibe críticas por descuidar a sus hijos; pero si los hijos son el centro de su vida, también es criticada por no buscar algo más para sí misma. Verónica ilustra esta afirmación: “Mucha gente me ha criticado por pasar mucho tiempo con mis hijos, también porque dormimos los

4 juntos o por no ponerles en guardería” (V. Ochoa, comunicación personal, 9 de marzo de 2017).

CONCLUSIONES

Maternidad hegemónica y tipología de las madres cuencanas

A partir de las narraciones generadas por las madres cuencanas podemos inferir que existe un ideal de maternidad hegemónico, operando sobre los deseos, frustraciones, proyectos y experiencias de cada una de las mujeres. Así, actualmente en Cuenca, para las mujeres de clase media, el hecho de ser madre se sigue presentando como deseable pero dentro de unas condiciones muy específicas y poco negociables: dentro del matrimonio heterosexual (preferiblemente celebrado civil y eclesiásticamente) y cuando la mujer haya concluido o esté cerca de concluir su carrera universitaria (entre los 25 y los 33 años, idealmente). Además, la mujer debe tener, preferiblemente dos hijos y dedicarles a ellos el tiempo suficiente como para garantizar su desarrollo físico, intelectual y espiritual, pero no demasiado como para perder su autonomía y objetivos personales.

Estos imperativos sociales parecen simples, pero implican dejar fuera de este concepto hegemónico de maternidad apropiada a madres solteras, lesbianas, no profesionales, divorciadas, mayores de 40, trabajadoras de tiempo completo, madres de tiempo completo, madres de hijos con problemas de salud o de aprendizaje, etc... en suma, la madre ideal es una figura prácticamente inexistente.

Ahora bien, sobre la base de la maternidad hegemónica, buscamos establecer una clasificación sobre distintas formas de ser madre en Cuenca. Existe un dicho antiguo que indica que la ‘M’ de madre debe ser más grande que la ‘M’ de mujer, pero que no debe anularla. Esta forma didáctica de expresar el imaginario social y sus prioridades enmarca la clasificación que proponemos sobre las formas de asumir la maternidad: la primera forma es ser madre y después mujer; la segunda es ser mujer-madre y la tercera es ser mujer y después madre.

Ser madre y después mujer es la forma en la que las mujeres asumen la maternidad como la dimensión más importante de su vida. Su satisfacción personal está en criar a sus hijos y estar presente para satisfacer sus necesidades. La organización de su hogar y el apoyo emocional a su familia son funciones primordiales en este tipo de maternidad. Generalmente, los embarazos fueron planificados y deseados, por lo que cualquier renuncia es bien vista, si esta permite a la madre permanecer junto a sus hijos.

Ser mujer-madre es la segunda forma de vivir la maternidad que tienen las mujeres en Cuenca. Esta forma implica una equivalencia entre las aspiraciones

individuales y la maternidad y envuelve una idea de equilibrio. Por combinar el desarrollo profesional y la realización familiar, esta forma se inscribe en la maternidad hegemónica en Cuenca. Los embarazos que tuvieron las mujeres que practican esta forma de ser madre pueden o no pueden haber sido planificados pero siempre son deseados. Las mujeres-madres son negociadoras permanentes y al acomodar sus horarios y sus actividades pueden sentir que consiguieron el equilibrio tan anhelado. Sin embargo, como señala Badinter (2010), este equilibrio es frágil e inestable y nunca se consigue de forma definitiva, porque evoluciona con la edad del hijo y sus necesidades y también con las oportunidades laborales que surjan. Cuando un hijo tiene algún problema, las madres tienden a sentir que fracasaron y que las decisiones tomadas han sido erróneas.

Finalmente, la forma de ser mujer y después madre se da cuando las mujeres tienen como prioridad su desarrollo profesional y sus intereses individuales. Esto no implica que la maternidad no sea un asunto importante para estas mujeres, sino que la mayoría de su tiempo está invertido en otras actividades. Una característica común a las mujeres que practican esta forma de ser madre es que sus embarazos no fueron planificados.

Por otra parte, las categorías ‘tradicional’ y ‘moderna’ hacen sentido en el contexto cuencano, si es que las pensamos atravesadas por la clase social y la etnicidad. El perfil de las madres tradicionales implica un mayor uso y valoración de las prácticas y saberes ancestrales que se genera por una identificación con las raíces indígenas, en cuestiones de maternidad y crianza. También se evidencia una marcada preferencia por apoyarse en distintas mujeres de la familia durante la crianza de los hijos (abuelas, hermanas, tías, etc.), como vimos, esto puede responder a un factor económico (cuando los ingresos son insuficientes para contratar alternativas de cuidado en el mercado) y también puede ser causado por una visión del cuidado que la entiende como un deber natural para las mujeres.

Por el contrario, las madres modernas son las que se muestran más receptivas al discurso científico con respecto a la maternidad y crianza, para ellas, los consejos de su pediatra son altamente valorados e incluyen muy pocas prácticas tradicionales en su estilo de crianza. Además, la forma en la que han gestionado sus necesidades de cuidado incluye ofertas del mercado (guarderías, empleadas domésticas, niñeras, etc.) pues, además de poder pagar por esto, entienden al cuidado como un derecho sobre el que se puede elegir cuánto cuidar y dónde hacerlo. Esta contraposición entre lo tradicional y lo moderno, guarda relación con los discursos hegemónicos sobre el cuidado (que lo entienden como algo connatural a la familia y a la mujer) y los discursos contrahegemónicos (que entienden el cuidado como corresponsabilidad de distintos actores sociales) (Sánchez y Palacio, 2013).

Nuevamente, el ideal de la maternidad en Cuenca se basa en un equilibrio, en este caso, entre lo tradicional y lo moderno. Los relatos de las madres hablan

de la importancia de conocer nuestras prácticas ancestrales, pero sin desconocer los avances científicos. También señalan la importancia de la familia extensa en la crianza de los hijos, pero sin imponer las responsabilidades a quien no le corresponde.

Ahora bien, dentro de este esquema de exigencias profesionales, académicas y emocionales que deben cumplir las madres, hay un espacio para su agencia, pues finalmente ellas deciden sobre qué área se inclinará la balanza y además comprenden las consecuencias de sus elecciones. Sin embargo, es preciso esbozar un imaginario donde el cuidado trascienda el maternalismo (Faur, 2015) y se extienda hacia distintos actores y dimensiones de la sociedad.

En este sentido, es necesario deconstruir el ideal de buena madre para reconocer su carácter asfixiante y excluyente. La deconstrucción de cada uno de los requisitos formales para ejercer una maternidad apropiada es la única vía para el disfrute de la maternidad real, que involucre a cada mujer con todas sus contradicciones y que, además, trascienda la esfera doméstica y se desarrolle en comunidad, para que tanto la familia, como el mercado y el Estado participen de la reproducción de la vida.

La posibilidad de habitar sociedades más amigables con la maternidad es una idea que debe trabajarse y construirse desde todos los espacios: desde la equitativa distribución de tareas entre la pareja, desde la opción real de equilibrar la vida familiar y laboral, desde la reivindicación de la existencia de redes de apoyo y, principalmente, desde la eliminación de matrices culturales machistas, clasistas y racistas que tanto perjudican y condicionan las experiencias de los cuencanos.

La maternidad es un asunto central en las sociedades contemporáneas y no implica solamente a las madres y a los hijos sino a toda la comunidad, por ello, es un derecho de cada mujer poder vivirla con garantías que respalden su bienestar físico y psicológico, así como el de su familia.

REFERENCIAS

- Badinter, E. (1981). *¿Existe el amor maternal?* Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX. Barcelona, España: Paidós Ibérica S.A.
- Badinter, E. (2010). *La mujer y la madre*. Madrid, España: La esfera de los libros.
- Benería, L. (1999). Mercados globales, Género y el hombre de Davos. *La Ventana*, (10),8-48.
- Chodorow, N. (1984). *El ejercicio de la maternidad*. Barcelona, España: Gedisa.
- Cuenca, aún religiosa pero menos católica. (28 de julio de 2013). *El Mercurio*, p. 2b
- Collins, P.H. (2000). *Pensamiento Feminista Negro: el conocimiento, la conciencia y la política de empoderamiento (2ª ed.)*. Nueva York: Routledge.
- De Beauvoir, S. (1969). *El segundo sexo*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veinte.

- El Mercurio. (2009). *Inec presenta datos estadísticos en Cuenca*. Cuenca, Ecuador. p. 4a.
- Faur, E. (2015). El maternalismo en su laberinto. Políticas Sociales y Cuidado Infantil en Argentina. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*, 7, 45-61.
- Mancero, M. (2012). *Nobles y Cholos: La disputa sobre un proyecto hegemónico regional. Cuenca 1995-2005*. Quito, Ecuador: FLACSO.
- Pineda, J. (2010). Familia postmoderna popular, masculinidades y economía del cuidado. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*, 2, 51-78.
- Sánchez, G. y Palacio, M. (2013). Cuidado familiar, orden discursivo hegemónico y contrahegemónico. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*, 5, 29-45.
- Scheper, N. (1997). *La muerte sin llanto*. Barcelona, España: Ariel.
- SENPLADES. (2014). «*INEC*». Recuperado de http://app.sni.gob.ec/sni-link/sni/Portal%20SNI%202014/FICHAS%20F/0101_CUENCA_AZUAY.pdf.
- Viveros, M. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate Feminista*, 1-17.